

## **HOMILÍA DEL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA EN LA CATEDRAL**

*(Dt 26, 4-10; Sal 90, 1-2. 10-15; Rom 10, 8-13; Lc 4, 1-13)*

14 de febrero de 2016

Estamos acostumbrados a ver incluso drásticamente, en la iconografía cristiana, la pintura, esta escena que acabamos de contemplar en el Evangelio: Jesús en el desierto, tentado por el diablo. Incluso en el cine se ha reproducido alguna vez con Jesús vestido de su época y el demonio con chaqué, frac o chistera, como si fuera un hombre de negocios del S. XXI, proponiéndole elementos, más o menos con las palabras del Evangelio, de las diversas tentaciones. Son maneras de intentar expresar que las mismas tentaciones que sufre Jesús son las mismas que sufrimos nosotros hoy.

Hemos comenzado la Cuaresma el miércoles. Seguramente los que asistís a esta Eucaristía habéis recibido la Ceniza haciendo este acto de penitencia. Hoy, congregados el Domingo para escuchar y alabar al Señor, la Liturgia nos presenta el desierto de Jesús, que en el fondo es, no el paraíso, donde y para el cual fue creado el hombre, sino el desierto del mundo, nuestro desierto. Y con mucha sabiduría, la misma pedagogía de la Iglesia que es Madre y Maestra, nos dice que en el desierto de nuestra vida vivimos una peregrinación, la de la vida, para llegar, como Jesús, a la Gloria. Él, después de morir en la Cruz, pasa la Pascua de Resurrección, y asciende a la derecha del Padre donde vive y reina gozosamente en el cielo, intercediendo por nosotros, dándonos sus dones, viviendo en la Iglesia.

Pero nosotros, en este camino de la vida, donde se van sucediendo las distintas etapas, los años, los trabajos, donde se nos va desprendiendo de tantas cosas, y nos vamos enriqueciendo con otras, tenemos el gran reto de aprender a vivir y de saber vivir. Diríamos, sin necesidad ni siquiera de tener fe, que la vida es una carrera de obstáculos. Cualquiera de vosotros aconsejaríais a un hijo, un sobrino, un nieto, cosas muy acertadas para poder superar esos obstáculos. Sin lugar a dudas las dificultades más graves son las que ponen en juego nuestro propio ser, la verdad de lo que somos, y como no, nuestro destino. Pues esto no es un camino en el que estemos perdidos. Tiene un fin, que es precisamente el gozo eterno de Dios.

Los mayores obstáculos son por tanto las tentaciones. Si no superamos esos obstáculos nuestra vida quedará frustrada. En este sentido Jesús está siendo un verdadero maestro que está enseñando con la vida. Así lo va a hacer durante toda su vida pública, con palabras y con obras, pero su misma vida, sus obras, son ya en sí una confesión de fe. Jesús, venciendo al diablo y la tentación está recitando el mejor Credo. Nosotros recitamos los artículos de la fe. Pero la fe del corazón se procesa con la vida. Por eso nos dice San Pablo tan acertadamente: "quien confiesa con los labios que Jesús es el Hijo de Dios y con el corazón cree en Él, ese recibe la gracia y la salvación de Dios".

Esta procesión de fe nos indica al menos dos cosas. La primera es que Jesús no ha venido a darnos buenos consejos para salvarnos, sino que Él se ha comprometido en la vida, ha luchado contra la tentación, se ha implicado con toda su fuerza por vencer al mal con el bien, por ser Él fiel a la voluntad de Dios. En segundo lugar, nos muestra a nosotros cuál es nuestro camino y cuál es su destino.

Fijaos que Jesús, en esta tentación del diablo, después de haber estado en oración y ayuno, de manera penitente, se encuentra con la necesidad del alimento, y el tentador le pide que convierta las piedras en pan. En definitiva le está diciendo que lo material es el fin del hombre, que nos salvan las cosas. La respuesta de Jesús es acertadísima, y nos muestra a nosotros cómo vencer a esa tentación. Y es que el hombre no sólo vive de pan. Las cosas que sin duda necesitamos, o que a veces no tanto, no son las que nos salvan desde la profundidad de nuestro ser, no son la verdad que nos sacia. Ésta es la Palabra de Dios, escuchar a Dios y dejar que oriente nuestra vida, nuestras obras, nuestro corazón.

Inmediatamente después el demonio le muestra aquel panorama de reinos, y dice incluso, en una pretensión verdaderamente fantasiosa, que a él se le ha dado todo y que él lo puede repartir. Incluso podría ser un buen fin. Le da todo para que lo gobierne. Y a quién mejor que aquel que ha venido a salvar el mundo, para que lo ordene, ya que es el Mesías. Pero esto tiene un precio: postrarse y adorar al diablo. Nunca el fin justifica los medios. Aunque hubiera sido deseable poder gobernar el mundo para salvarle, solamente podemos adorar a Dios, pues cuando no adoramos a Dios adoramos a los ídolos, o a nosotros mismos, queriéndonos hacer dioses, tiranos de los demás, nos queremos liberar de la supremacía de Dios, nos consideramos absolutamente autónomos. Esta tentación del hombre la vivimos en nuestras vidas. El s. XX es testigo de todas las ideologías ateas que han querido apartar a Dios y se han convertido en las más horribles de las tiranías, sembrando desgracia, muerte y esclavitud.

A pesar de todo, el pretencioso hombre contemporáneo sigue pensando que puede prescindir de Dios para vivir, que podemos enmendarle la plana, que podemos hacer una sociedad sin Dios, aunque nos costase postrarnos y adorar a las ideologías, o a los poderes de este mundo, o al dinero o al placer. La conclusión es siempre la misma: cuando el hombre no se sitúa ante su verdad como criatura, sin reconocer a Dios por encima de él, un Dios que no esclaviza, el Dios de Jesucristo, el Dios misericordioso que no le llama siervo sino amigo, que no lo hace esclavo sino que lo libera y lo lleva a su propia plenitud, encuentra su propia esclavitud. Por eso Jesús, venciendo la tentación, adorando a Dios, recordándonos que Dios está siempre por encima de nosotros y nos ama, nos muestra el camino de vencer la tentación y la superación.

Finalmente el demonio muestra a Jesús algo espectacular, casi teatral y de circo... “Tírate desde ahí arriba...”. Lo importante no es desde donde le invite a tirarse sino que le provoca a forzar a Dios a entrar en su voluntad, no a hacer la voluntad del Padre. “Dios ha prometido...”. Dios no se ha comprometido a hacer el “milagrito” para que tú quedes bien, ni para tu éxito o propia glorificación. Jesús no ha venido para buscar nuestro aplauso, sino para obtener nuestra salvación a pesar de haberle condenado a muerte en la Cruz.

Sigue siendo la tentación del hombre de hoy el no hacer la voluntad de Dios, sino forzar a Dios a que entre en nuestros presupuestos, en nuestras ideas, en nuestros propósitos, en nuestros fines, incluso culpando a Dios de cuando no salen bien, aún viviendo de nuestros criterios tan sospechosos y frecuentemente tan poco fiables. Por eso Jesús está recitando con su fidelidad el Credo que nosotros debemos proclamar y vivir: Señor, creo en ti, confío en ti, me fío de ti, hágase tu voluntad. Y cuando uno entra en esta dinámica, la misma confesión de fe nos sitúa en el reconocimiento de las obras del Señor en nuestras vidas, entregándole nuestra fidelidad, nuestra cosecha, “nuestras primicias”.... Profesando la fe en Dios con nuestras obras.

La Cuaresma nos empuja con la oración de toda la Iglesia a encontrarnos con la verdad de nosotros mismos. Todavía seguimos viendo que se celebra el Carnaval, toda la noche, casi hasta ahora..., sigue la gente disfrazada, viviendo la apariencia de lo que se es, con una careta, suponiendo ser lo que no corresponde a la realidad de la propia vida. Pues bien, ante Dios no hay caretas. La Cuaresma es el tiempo de la sinceridad. El Señor nos pone ante Él y ante el espejo de nuestra vida para que nos demos cuenta de nuestras cadenas que nos hacen esclavos, y para vivir en el desierto (no en el desierto de tanto desamor en el mundo, donde hay que transmitir a Cristo) conscientes de que somos caminantes, porque esta vida no es el paraíso, porque aquí siempre vivimos sometidos a la tentación, pero con la libertad de Cristo, amando, y haciendo su voluntad que nos salva, nos da la vida y que hace un mundo mejor.

Hoy se propone para toda la Iglesia la Campaña de Manos Unidas: "plántale cara al hambre". Hay ochocientos millones de personas en la tierra que pasan hambre extrema, es decir, no es que no tengan qué comer o cenar un día, sino que no tienen medios de subsistencia: agua potable, educación... Situaciones de verdadera miseria. Sin embargo en nuestro mundo una tercera parte de lo que se produce se tira. Cuánta desigualdad. Cuánto afán de ganancia y mal reparto de las riquezas. Cuántos presupuestos de egoísmo. ¿Es que hay alguien que duda en que hay que poner orden en nuestros corazones para que el mundo se encamine hacia el bien?, ¿es que alguien duda de que exista el mal y la tentación? No hagamos grandes declaraciones, sino que hagamos como Cristo, luchemos contra el mal, contra la tentación, venciénola con la fidelidad a su llamada, siendo generosos, viviendo en el camino del amor y sirviendo al Señor. Amén.